

## Capítulo uno

Le había costado conocerla. Había necesitado largas noches y numerosas horas robadas al día para ir aprendiéndose lentamente las curvas de aquel cuerpo, para ir memorizando los detalles más diminutos y exquisitos, que habían seguido admirándolo incluso después de conocerlos ya a la perfección: el delicado hueco situado en la base de la garganta, la curva de los pechos que aparecían altos y turgentes, la sombra de la hendidura que se alargaba entre las costillas hasta alcanzar el ombligo...

Se sentía tan fascinado por las manos y los pies de aquella mujer como por cualquiera de sus zonas más íntimas. Las manos, largas y elegantes, eran adecuadas para cualquier tarea difícil que requiriera precisión, mientras que los pies sorprendían por su fragilidad. Él la giraba a fin de estudiar la línea fina y definida de la espalda que se curvaba hacia dentro al llegar a la cintura para luego expandirse en el cáliz de sus caderas. Las nalgas, firmes, redondeadas y fibrosas, mostraban en los laterales un par de pequeños hoyuelos que le arrancaban una sonrisa al tiempo que le hacían preguntarse si ella se los habría visto alguna vez.

Nunca había tenido el control sobre ella, nunca cometería el error de pensar que así era. Aquel rostro femenino suponía todo un reto y ni siquiera en aquel momento po-

día asegurar que lo conociera plenamente. Movía tanto la boca que no daba tiempo a representarla y mostraba unos ojos demasiado tendentes a ocultar secretos.

Y, por si aquello no fuera suficiente, la mujer que Atreus sostenía en sus manos, la mujer que con tanto esmero había extraído de un mármol rosáceo a golpe de cincel, había permanecido demasiado tiempo sin nombre.

Ahora ya lo tenía, pensó mientras guardaba la estatua con cuidado en la caja forrada de terciopelo que había fabricado especialmente para ella. Quedaba muy poco para que metieran aquel paquete en el último de los baúles que serían retirados de su camarote. Después de dos semanas en el mar, una travesía que se había alargado más de lo normal a causa de una tormenta que se había formado en las costas británicas, el ritmo del barco había cambiado por fin al introducirse en el Támesis. La marea subía y elevaba con ella aquel enorme río, y a ellos con él. El frío húmedo propio del comienzo del invierno, que había ido aumentando de modo regular cada día que se acercaban más al norte, se suavizó un poco en cuanto se vieron amparados por las frondosas orillas del río. Con todo, Atreus nunca se había enfrentado a un aire tan frío. El olor del río no le era desagradable, aunque sí extraño, un olor que constituía un recordatorio constante de que se encontraba a miles de kilómetros de su hogar.

Y no obstante lo grande que pareciera aquella distancia, Atreus sabía bien que él había viajado a lugares aún más remotos, si bien no en aquel mundo, sino en el tránsito al siguiente. Hacía seis meses que había estado próximo a la muerte como resultado de un violento acto de traición, cuyo recuerdo conservaba no en el cuerpo, que por fortuna ya estaba plenamente recuperado, sino en el alma, y que destilaba en su interior una determinación de fuerza aún considerable y una cierta impaciencia también. Quería realizar aquella visita y dar por zanjado y ob-

tenido el objetivo que la motivaba, pues sólo entonces podría caminar en la dirección que él sabía que debía seguir.

—Esto es lo último, Cástor —indicó a su sirviente, que esperaba junto a los baúles, al entregarle una pequeña caja de madera.

—Muy bien, vanax. Parece que atracaremos en breve.

—Entonces supongo que es estupendo que ya esté vestido. —Se miró y contuvo una sonrisa—, porque voy vestido, ¿no?

Cástor lo observó detenidamente.

—Eso creo, vanax. Hemos seguido las instrucciones del príncipe Alexandros y todo parece estar donde debe.

Atreus asintió. Su hermanastro, que era medio inglés, le había proporcionado tanto las prendas como las pautas para lucirlas. En realidad el vanax no dudaba de los conocimientos de su hermano en ese sentido, simplemente se preguntaba por qué alguien podía llegar a hacer algo tan extraordinario sólo para vestirse.

En primer lugar, se había puesto unos calzones de lino ajustados en la cintura que le llegaban por encima de las rodillas, así como unas medias del mismo material. Luego se había calzado unas botas bajas de reluciente piel negra. A continuación, habían venido unos pantalones ceñidos fabricados con una lana muy finamente tejida y teñida en tono habano, y una camisa de lino blanco con puños almidonados y que presentaba un cuello de pico que, igualmente rígido, quedaba rodeado por el lazo que con tanto esfuerzo había aprendido a anudarse. Además, se cubría con un chaleco del color de los pantalones, que lucía su propio cuello alto y que aparecía discretamente bordado con oscuras hilaturas de oro. Por último, se abrigaba con una levita de chaqué en tono marrón oscuro.

Aquella cantidad y variedad de prendas tenía admirado al vanax, que seguía convencido de que había formas más sencillas de protegerse de aquel frío húmedo. En rea-

lidad, no sólo iba ataviado con más ropa de la que había llevado en toda su vida, sino que se sentía tan ridículo como uno de esos paquetes que se envolvían exageradamente y de modo cómico para entregar a los alegres niños el día de su santo.

—No es para tanto, vanax —lo animó Cástor con la entonación de quien se siente agradecido por no encontrarse igualmente afligido; con ánimo de consolarlo, añadió—: En el entrenamiento guerrero aprendemos a imitar el aspecto del entorno natural a fin de escondernos. Quizá os sentiríais más cómodo si pensarais en vuestro atuendo de ese modo.

—Puede ser. Gracias, Cástor. Enseguida subo.

Una vez que se hubo quedado solo, Atreus permaneció de pie en el centro del camarote. Era un hombre corpulento, alto y de hombros anchos, dotado de la fortaleza y la agilidad propias de un guerrero, para quien la acción y el movimiento resultaban mucho más naturales que la quietud. Aun así, había veces en que...

Cerró los ojos color marrón oscuro iluminados por las vetas doradas que los atravesaban y respiró profunda y lentamente. Aquella habilidad para distanciarse de las distracciones del mundo no era sino el fruto de un largo entrenamiento: primero, de niño, cuando había seguido un camino que apenas podía vislumbrar; luego, de joven, al someterse a los rigores del entrenamiento que Cástor acababa de mencionar; y, por último, en la plenitud de su etapa de hombre adulto, en la que había descubierto que la serenidad que implicaba traía consigo grandes recompensas de renovación y comprensión.

—*Vuelve...*

*Aquella voz de mujer hablaba en voz baja y se escuchaba angustiada y desdibujada por el llanto. Y aunque Atreus quería responderle, no podía hacerlo. El cuerpo ya no le obedecía, su voluntad se había convertido en algo aparte*

*que avanzaba a la deriva impulsada por una corriente que parecía arrastrarlo más y más lejos.*

—No nos dejes.

*¿Nos? Perplejo, Atreus frunció el ceño. «No me dejes» era lo que quería que le dijera la voz, aunque no tenía ni idea de por qué habría de hacerlo.*

—¡Maldita sea, Deilos!

*Fue después cuando volvió a sentir el dolor que le indicaba que seguía vivo. Un sufrimiento al que acompañaba la angustia de aquella mujer, la rabia hacia el hombre que le había hecho aquello: Deilos. Alguien que si bien no era una amistad de la infancia, sí era un compañero que se había convertido en un traidor y que acabaría siendo un asesino.*

*Deilos, para quien debía haber justicia.*

*Ella olía a madreSelva. Le agradaban ese olor y la idea de que el aroma proviniera de aquella piel. Atreus respiró profundamente, una vez más, y sintió el...*

... golpe cuando el navío chocó con suavidad contra el muelle y le recordó, con ello, las circunstancias en que se encontraba realmente. El pasado se desvaneció, no sin antes dejar a Atreus atrapado en el recuerdo, sin posibilidad de escapar.

Echó un último vistazo al camarote antes de abandonarlo y subir por la estrecha escalerilla que ascendía hasta la cubierta, donde lo esperaban ya sus hombres, también ataviados con ropa extranjera, si bien de un tipo más sencillo y práctico. Atentos, con las manos apoyadas sin ceremonia alguna en la empuñadura de las espadas, acudieron a su encuentro. Atreus escuchó el increíble ruido que provenía de detrás del muelle de piedra: el sonido ensordecedor y alborotado de la riada de gente que desbordaba el puerto, atestaba las callejuelas y se arremolinaba hasta toparse con la barrera que formaban unos soldados vestidos de rojo. Descubrió también una banda que tocaba una estridente melodía en la que se distinguían el po-

tente retumbar de los tambores y el chocar de los címbalos, y que, con todo, quedó apagada por los gritos de la multitud al verlo aparecer.

Se mantuvo de pie y trató de asumir la inmensa excitación que su llegada había provocado en aquella muchedumbre que no le conocía, por lo que su interés sólo podía deberse al entretenimiento que implicaba su visita. Y aunque comprendía muy bien lo que ocurría, no dejaba por ello de resultarle igualmente fascinante. En el hogar que guardaba en su corazón, la emoción se vivía de modo más íntimo.

A pesar de todo, logró distinguir en aquella masa de humanidad anónima algunos rostros familiares algo apartados de la multitud. Enseguida se sintió más animado. Por extraña que le fuera aquella tierra a la que acababa de llegar, estar allí significaba reencontrarse con sus seres queridos.

—¡Atreus! ¡Atreus! ¡Aquí!

Se trataba de Cassandra, su hermanastra. Aun consciente como era de la necesidad de mostrar una imagen digna, no pudo evitar sonreír al verla. Hacía apenas unos meses que había contraído matrimonio, profundamente enamorada y correspondida por aquel hombre alto de cabellos rubios que había a su lado. Cassandra irradiaba felicidad.

Los hombres que lo acompañaban formaron una guardia de honor a los pies de la pasarela. Atreus caminó entre ellos y se encontró fundido en un fuerte abrazo con su hermanastro, Alex, que sonreía y le daba en la espalda unas palmadas que habrían tumbado a un hombre menos corpulento.

—Vaya, no está nada mal —admiró Alex—, sólo aparecer, te conviertes en la persona más popular de Londres. Debería haber imaginado que ocurriría algo así.

—Y tú podrías haberme avisado —contestó Atreus

con sequedad—, la verdad es que esperaba un recibimiento familiar y tranquilo.

—¿Al vanax de Ákora en su primera visita oficial a Inglaterra? No cabía la más mínima posibilidad de que fuera un recibimiento familiar y tranquilo. En fin, bienvenido, hermano; me alegro de verte.

—Lo mismo digo, Alex. —Entonces se volvió con los brazos abiertos para acoger a la joven que continuaba dando saltos de emoción—. Cassandra, mi dulce hermana.

—A Joanna le entristece muchísimo no haber venido —le explicó mientras lo abrazaba—. Amelia ha estado resfriada y, claro, no podía dejarla sola. De todos modos, no te preocupes, tu sobrina ya está mucho mejor.

—Hemos recibido órdenes estrictas de llevarte a casa de inmediato —le indicó Alex, que había adoptado la actitud tolerante de un hombre felizmente casado—. Joanna está impaciente por darte la bienvenida en persona.

—Tengo muchas ganas de verla —reconoció Atreus, al tiempo que fijaba la mirada en el hombre que había allí con ellos, si bien algo apartado. Aunque la evidente dicha de su hermana había dispuesto a Atreus a pensar bien de su cuñado, ya había tenido ocasión de medirlo en el campo de entrenamiento, así como mientras disfrutaban de unas cuantas jarras de vino: Royce no le había defraudado.

—Me alegro de verte —lo saludó Atreus.

—Lo mismo digo, señor —respondió Royce.

El vanax de Ákora, venerado gobernante de su pueblo, adoptó una expresión de extrañeza.

—¿Señor? ¿Es que tenemos que imponernos estas formalidades tan pronto? Venía con la esperanza de poder posponerlo un poco todavía.

Royce dirigió su atención hacia el hombre alto y fornido que los observaba a ambos y luego, con mucha calma, replicó:

—Por desgracia, no va a poder ser. El príncipe regente se encontraba indispuesto y lamenta no haber podido venir. En su lugar, nos ha acompañado lord Liverpool, el primer ministro.

Atreus miró al sujeto que había ocupado el cargo tras el asesinato de su predecesor, aquel mismo año. Liverpool daba la sensación de ajustarse a lo que de él se decía: era un británico sólido, carente de imaginación alguna, trabajador concienzudo y hombre digno de confianza. Precisamente una de esas personas a las que Atreus había venido a... ¿a qué?

¿A impresionar, a convencer, a comprender? Sí, a todo eso, aunque también a mucho más. Espoleada por las nuevas máquinas y fábricas que se extendían por todo el país, Gran Bretaña estaba enriqueciéndose y adquiría poder a un nivel sin precedentes en la historia. Aunque continuaba inmersa en guerras contra Napoleón y contra sus antiguas colonias americanas, y se enfrentaba también a retos internos que habían llevado a sangrientas revoluciones en otros lugares, aquella isla gobernada por un cetro seguía navegando inmune a todo, salvo a sus propios intereses.

Si bien aquella determinación resultaba admirable, debía tomarse a su vez con las máximas cautelas. Atreus asintió.

—Lord Liverpool, tenía muchas ganas de conocerlo.

El primer ministro inclinó la cabeza en actitud grave.

—Señor, sea bienvenido. Su alteza, el príncipe regente, y todos quienes formamos su gobierno esperábamos impacientes su llegada.

—Del mismo modo en que yo estaba ansioso por venir, primer ministro. Además de otras razones, la que me trae aquí es la curiosidad por conocer qué es lo que ha tentado a tantos miembros de mi familia a hacer de Inglaterra su hogar, al menos durante una parte del año. Espe-

ro que me perdone si le digo que a primera vista no parece que la atracción pueda ser el clima.

El primer ministro rió algo vacilante y a Atreus le agradó su reacción: siempre era mejor mantener desencajados a los adversarios, fueran potenciales o no, y habría presionado algo más si Cassandra no lo hubiera distraído.

—Recuerdas a Brianna, ¿verdad, Atreus?

Su hermana arrastró ante Atreus a una joven de apenas veinte años, alta y delgada, con el cabello del tono rojizo que tanto amaba Tiziano, el color que insinuaba grandes pasiones, a pesar de que el estilo de la chica, modesto y comedido, denotara contención. Tenía la piel muy clara y los ojos eran de un verde claro entreverado con vetas doradas.

Y luego estaba aquel par de hoyuelos que se escondían bajo aquel atuendo elegante y recatado...

—Brianna, encantadora como siempre —halagó el vanax de Ákora, que no vio razón para no hacerlo—. Llevas demasiado tiempo lejos de nosotros.

La muchacha se ruborizó y bajó la mirada, aunque al momento la levantó y se entrecruzaron las de ambos.

—Me alegra veros tan bien, señor.

Tenía la voz como él la recordaba: grave y amable, pero con la solidez propia de la verdadera fortaleza. Y aunque habían hablado en inglés, Atreus se acordó de que cuando ella hablaba akorano, lo hacía con un leve acento que resultaba encantador. Y además, aún olía a madreselva.

—Los coches están allá —indicó Alex al tiempo que arqueaba ligeramente una ceja. Atreus se dio cuenta y sonrió: aunque su hermano encontrara extraño aquel comportamiento, no tardaría mucho en comprender lo que ocurría.

Se volvió y, movido por un impulso, saludó a la multitud. De inmediato se produjo una oleada de gritos de jú-

bilo que sólo se silenciaron un poco en cuanto subió al vehículo.

Conforme al protocolo, viajó acompañado por lord Liverpool. Alex también iba con ellos. Royce, por su parte, montó con las mujeres en un segundo carruaje. Por fortuna, el ministro se mantuvo en silencio, bien porque no se sentía inclinado a mantener una conversación banal, bien porque sencillamente no tenía nada que decir, de modo que Atreus tuvo la oportunidad de centrarse en contemplar la ciudad, que lo dejó tan admirado como perplejo.

Rebosante de vida humana, tanto como animal, aparecía como una maraña de calles abarrotadas y se extendía en elegantes avenidas. En el corto trayecto que hubieron de recorrer, pudo ver más pobreza de la que jamás habría imaginado, junto con una grandiosidad que pretendía rivalizar con la de los mismos dioses. Constituía, sin lugar a dudas, una ciudad de contrastes, que probablemente fuera el reflejo de quienes la habían construido. Haría bien en recordarlo cuando tratara con ellos.

Y lo haría, por supuesto, pues él siempre se comportaba como requería el deber. Aun así, aquello no impidió que desviara sus pensamientos hacia asuntos mucho más agradables y de índole más personal...

Si pudiera hacer que dejaran de temblarle las manos, pensó Brianna, todo iría bien. Sólo eso, nada más, sólo las manos. Debía ser capaz de controlarlas.

Iba sentada frente a Royce y Kassandra, y se esforzaba en mostrarse relajada. Sin embargo, calmarse de verdad le resultaba tan difícil en aquel momento que ni siquiera llegó a planteárselo y se conformó con aparentar tranquilidad.

Atreus estaba allí. Bueno, claro que lo estaba. Hacía meses que sabía que iría. El vanax de Ákora, el gober-

nante elegido de su pueblo, realizaría una visita de Estado a la corte real del príncipe regente. Ambos líderes se reunirían con el propósito de alcanzar un mutuo entendimiento, así como para estrechar lazos de amistad. De ese modo quedarían limados los roces que habían surgido entre ambos reinos tras los intentos de algunos ingleses de invadir Ákora el año anterior. Todo resultaría como debía.

Aun así, en aquel momento, Atreus estaba allí, y a ella le temblaban las manos. Se las amarró con fuerza mientras la cabeza seguía dándole vueltas por el impacto que le provocaba su presencia. La última vez que lo había visto, él aún estaba recuperándose del atentado que casi había acabado con su vida. A pesar de ello, incluso entonces, cuando Atreus estaba muy lejos de poder desplegar todo su poder, el vanax casi le había hecho perder el control. En cualquier caso, él, por supuesto, no podía saberlo. ¿No podía...? ¿O sí? La sola idea de que fuera posible que él se hubiera dado cuenta la dejaba atontada, un estado hartamente molesto para Brianna, quien no era proclive al sentimentalismo.

—Brianna..., ¿estás bien? —Kassandra la observaba con preocupación—. Estás bastante pálida.

—Estoy bien, perfectamente. No hay razón para que esté de otro modo.

La mirada fugaz que cruzaron los esposos no dejó duda alguna de que Brianna había hablado demasiado pronto y sin pensar. Y si por un lado deseó que volvieran a ella aquellas palabras precipitadas, por el otro no pudo dejar de maravillarse ante la comprensión que había entre aquellos dos esposos, que habían llegado a convertirse en sus amigos y con los que ya se tuteaba. Maravillada, sí, y para ser sincera, algo celosa también.

—Atreus tiene un aspecto estupendo. ¿No creéis? —comentó Royce con una leve sonrisa.

—Sí —reconoció Kassandra—, lo cual me alivia sobremanera. Cuando pienso en lo cerca que estuvo de...

—No lo pienses —le recomendó él mientras cubría la mano de su esposa con la suya—. Eso ya forma parte del pasado. Regodearte en ello no puede ser bueno ni para ti ni para nuestro hijo.

Kassandra le devolvió la sonrisa. Se encontraba en los primeros meses de embarazo y se sentía plenamente feliz, sobre todo porque ya había superado el periodo en que por las mañanas no podía desayunar más que té suave y bollos tostados y secos.

—Aunque ya sé que esta visita persigue un objetivo importante, espero que Atreus también disfrute de su estancia aquí —comentó—. Tiene tan pocas ocasiones de hacer algo que no sea trabajar... —y añadió, un tanto preocupado por su querido hermano—: A veces pienso que habría preferido otro tipo de vida.

—Bueno, no estaba obligado a convertirse en vanax —intervino Brianna con tranquilidad. Deseaba que se le calmara el corazón para que le funcionara la mente. Ésta, al menos, no la traicionaría—. Se sometió a la prueba de selección por voluntad propia.

—Supongo que tienes razón —contestó Kassandra—, al menos teóricamente, aunque no creo que tuviera la posibilidad real de elegir. Atreus sabía que estaba llamado a someterse a esa prueba.

¿Lo había sabido? Se preguntó Brianna. Quizá, de alguna manera, aunque se mostraba algo escéptica ante el misterioso proceso por el que se elegía al gobernante de Ákora. Un proceso que permanecía oculto en la leyenda y el mito, envuelto en un aura de secretos y susurros. Y a pesar del inconmensurable poder que emanaba de aquella prueba, el control casi total de las vidas y los destinos de los akoranos, casi nadie sabía nada acerca de él.

—Debemos asegurarnos de que tenga tiempo para él

mientras esté aquí —seguía diciendo Kassandra—, aunque será difícil. Joanna y yo hemos desistido ya del recuento de invitaciones, que siguen llegando en grandes cantidades.

—La alta sociedad está fuera de sí —confirmó Royce con sequedad—. Me pregunto si Atreus se hace una idea de lo que le espera.

—No tardará mucho en descubrirlo —respondió Kassandra, que había fruncido el ceño—. La recepción en Carlton House, la residencia del príncipe regente, es mañana por la tarde. Y luego vendrá el aluvión de actividades sociales. —De repente se iluminó con el pensamiento que le había venido a la mente—. Brianna, tu vestido para mañana es magnífico. Madame Duprès se ha superado a sí misma.

La joven se estremeció un poco. Se sentía profundamente agradecida a ambas parejas por haber hecho posible su estancia en Inglaterra. A pesar de ser inglesa de nacimiento, siempre se había considerado akorana hasta hacía un año, cuando había surgido la oportunidad de visitar la tierra que la había visto nacer. Las preguntas que se había planteado entonces, junto con los anhelos inesperados que la asaltaban, la habían hecho volver para buscar lo que ella esperaba que fuera una resolución de algún tipo. Aun así, encajar en la sociedad británica resultaba difícil, y Brianna sentía que contaba con poca paciencia para todos los requisitos que implicaba. Con todo, estaba dispuesta a no decepcionarse a sí misma, ni a sus anfitriones.

—Madame Duprès es una tirana —comentó—. Ahora bien, cuando se trata de manejar la seda y el satén, el terciopelo y los encajes, cabe calificarla de genio también. Supongo que debemos ser indulgentes con ella.

—¿Es verdad eso de que le pinchaste con uno de sus alfileres? —preguntó Kassandra.

Brianna adoptó un aire de absoluta inocencia y respondió:

—Tendrás que preguntárselo al alfiler.

Royce se carcajeó y Brianna no pudo evitar comprobar que no dejaba de estudiarla con mucha atención. A aquel inglés se le escapaban muy pocos detalles, si es que dejaba de fijarse en alguno.

Tanto él como Alex eran de gran tamaño, hombres muy en forma que solían moverse con agilidad y de modo silencioso hasta conseguir sus objetivos con pocas conversaciones y ningún aviso en absoluto.

Y luego estaba Atreus...

Se trataba del vanax: el gobernante de su pueblo y, aunque le costara admitirlo, también de ella. No debía pensar en él de ningún otro modo, por muy traicionera que fuera la agitación que reinaba en su corazón. Si lo pusiera al lado de los otros dos hombres, parecerían hermanos los tres de lo mucho que se asemejaban en envergadura y fortaleza. Al ser hijos de la misma madre, una princesa akorana, Alex y Atreus eran, en realidad, hermanastros, y de los dos, Atreus, era totalmente akorano, heredero de una familia de más de tres mil años de antigüedad en la historia de Ákora. Y si Brianna creyera en las leyendas, cosa que no hacía, el vanax sería mucho más que eso: estaría unido a la tierra, al mar y al mismísimo aire de Ákora de algún modo que quedaba fuera del alcance de la comprensión de los simples mortales.

No era extraño que su palabra se tomara como la ley y que su más nimia apetencia obtuviera reverencias por respuesta. Lo que empezaba a reconocer como su sentido común británico se rebeló.

Los coches de caballos atravesaban ya la puerta de entrada a la elegante residencia que ocupaban Alex, Joanna y ella, y en la que también se alojaría el vanax durante el tiempo que durara su visita. Para dejar constancia de su

presencia, se había izado la bandera real akorana, que, dispuesta sobre los anchos peldaños de mármol, ondeaba ya con la brisa.

Al descender del vehículo, Brianna alzó la vista para contemplar la tela de color carmesí blasonada con el símbolo de la casa real: el cuerno dorado de un toro. Había visto aquella bandera cada día durante la mayor parte de su vida, desde que se produjera aquella tormenta que la había llevado, náufraga y huérfana, a las míticas orillas de Ákora. El reino escondido más allá de las Columnas de Hércules en que se decía que los guerreros mandaban y las mujeres servían. Desde entonces, hacía mucho tiempo que pensaba en Ákora como su hogar..., aunque últimamente ya no estaba tan segura. ¿Era una verdadera akorana... o era inglesa? ¿Acaso era ambas cosas a la vez? ¿O ninguna en realidad?

Se agitaba en ella el convencimiento de que quizá los días y semanas que habían de venir trajeran consigo la respuesta.

—Ha sido un buen comienzo. ¿No crees? —comentó Alex una vez se hubo cerrado la puerta del salón tras lord Liverpool. El primer ministro se había quedado los veinte minutos de rigor antes de anunciar que se retiraba. Además de las habituales frases de cortesía, se había llevado con él la clara confirmación del deseo del vanax de Ákora: como nación soberana e independiente, Ákora se prestaba gratamente a establecer relaciones diplomáticas con Gran Bretaña; ahora bien, igualmente en tanto que nación soberana e independiente, Ákora defendería sus aguas, sus tierras, su pueblo y sus navíos allí donde navegaran. No se toleraría, por tanto, injerencia alguna por parte de Gran Bretaña ni por la de ningún otro Estado. Y si alguien llegara a dudar de ello se vería enfrentado al poder de los legendarios guerreros akoranos, de los que

acertadamente se rumoreaba que se contaban entre los más aguerridos del mundo.

—Lo bastante —confirmó Atreus—. ¿Es Liverpool tan carente de imaginación como aparenta?

—Sin duda alguna. Y si bien le transmitiré tus palabras con la suficiente exactitud al príncipe regente, no esperes que le comunique el tono en que las emitiste. Eso tendrás que hacerlo tú mismo.

—Y eso pretendo. ¿Tenemos la tarde libre?

—Sí, aunque puede ser la última vez que pruebes las mieles de la libertad en algún tiempo. Después de la recepción en Carlton House, se celebrará aquí un baile en tu honor. En realidad, lo que ocurre, más que nada, es que la alta sociedad reclama tu presencia.

—Acepta sólo las invitaciones que consideres absolutamente necesarias, no tengo ninguna intención de mostrarme demasiado disponible. Es mejor, creo, dejar parte del misterio de Ákora sin desvelar.

—Imaginaba que querrías algo así. Aunque la sociedad puede resultar muy útil, puede también ser tremendamente tediosa.

Royce, que había acompañado a lord Liverpool hasta la salida, había vuelto a tiempo para escuchar esto último.

—Queda una semana para la Navidad —intervino—. Habíamos hablado de pasarla en Hawkforte. —Se volvió hacia Atreus y añadió—: Si estás de acuerdo, claro.

—Me imagino que no hace más calor en Hawkforte. ¿Me equivoco? —preguntó Atreus con una sonrisa guasona.

—Me temo que no —respondió Royce en igual tono—. Y hay bastantes posibilidades de que nieve.

—¿Nieve? Me gustaría verla y, por supuesto, he oído hablar mucho de Hawkforte. Iré encantado, gracias.

—Bien —asintió Royce.

—Supongo que Brianna también irá...

Alex y Royce intercambiaron una mirada.

—¿Brianna? —repitió Alex.

Atreus se acercó al fuego. Aunque estaba muy acostumbrado a la falta de comodidades, pues la había experimentado lo bastante durante los duros entrenamientos que formaban parte de la educación de los varones en Ákora, el frío húmedo le era nuevo.

—Cuento con que con una semana bastará para dejar zanjados los asuntos en Londres —comentó—. Así tendrá que ser, pues no tengo intención de permanecer aquí mucho más tiempo. Hay demasiados asuntos pendientes en Ákora.

Ninguno de los otros hombres hubo de preguntar a qué se refería; sabían bien que las pretensiones de Atreus de modernizar el reino fortaleza se enfrentaban a opositores por dos flancos. Por una parte, los miembros de Helios —«la luz del sol»— querían más cambios y que se produjeran con mayor rapidez; de otra, los seguidores de Deilos, el traidor, se oponían a transformación alguna hasta el punto de cometer asesinatos. Lo más inquietante de todo, en cualquier caso, era pensar que ambos grupos, o al menos varios de entre sus miembros, habían unido sus fuerzas para tratar de acabar con su vida medio año atrás. Atreus había aplazado el juicio contra Deilos, así como aquél contra los miembros de Helios, hasta que él mismo se recuperara, y también con la intención de dar tiempo a que se templara la rabia del pueblo. Con todo, no podía esperar mucho para tomar el toro de la disensión interna por los cuernos.

—Volveremos a Ákora directamente desde Hawkforte después de la Navidad —anunció Atreus que, ante la evidente mirada de sorpresa de su hermanastro y su cuñado, añadió—: Hawkforte está en la costa, ¿no?

—Sí, sí —confirmó Royce—. Cuando dices «volveremos», en plural...

—Me refiero a Brianna y a mí. Brianna volverá a Ákora conmigo.

Se produjo un momento de silencio hasta que Alex intervino:

—Pues ella no ha mencionado nada al respecto.

—No me sorprende dado que ella no está al tanto —aclaró Atreus al tiempo que se encogía de hombros.

—¿Hay alguna razón en particular que justifique su regreso? —se interesó Royce—. Las cartas que le ha enviado su familia, y de las que nos ha hablado, indican que allí la echan de menos, pero también dejan claro que comprenden que desee estar aquí. En cualquier caso, si te han pedido que la lleves de vuelta...

—No, no es eso. Ya es hora de que Brianna vuelva a casa... —consciente de la sensación que iba a producir lo que iba a contarles, el vanax de Ákora añadió—: y de que nos casemos.

Era innegablemente muy satisfactorio sorprender a dos hombres tan inmunes a la sorpresa como Alex y Royce, que se quedaron mirándolo sin dar crédito. El inglés habló primero.

—No tenía ni idea de que estuvieras pensando en casarte.

—Ni yo —corroboró Alex, que miró a su hermano como si esperara una respuesta—. No habías comentado nada.

—¿Qué es lo que había que comentar? —preguntó Atreus—. Está claro que siempre se ha dado por supuesto que algún día me casaría. ¿No es cierto?

—Sí, desde luego que sí —admitió Alex—, pero teniendo en cuenta los esfuerzos de algunas de las mujeres más cautivadoras de Ákora por convertirte en su feliz esposo, y en vista del fracaso generalizado con que se han topado siempre... Digamos que la noticia es cuando menos sorprendente.

—Muy sorprendente —recalcó Royce—, especialmente ya que la joven ni siquiera nos lo ha insinuado.

—Atreus —comenzó Alex con una mirada aguzada que daba muestra de la sospecha que acababa de embargarle—, Brianna conoce tus intenciones, ¿verdad?

—No sé cómo podría saberlo. Nunca lo hemos hablado.

Los dos maridos intercambiaron una mirada.

—¿Nunca habéis hablado de matrimonio? —preguntó Royce—. Sin embargo, imagino que sí surgió algo entre vosotros mientras ella ayudaba a cuidarte después del ataque de Deilos.

—No, nada en absoluto —respondió Atreus—. Recuerda que Brianna abandonó Ákora muy poco después de que yo recobrarla la consciencia.

El silencio reinó durante un rato hasta que Alex habló de nuevo.

—Aunque es una joven encantadora... ¿No crees que deberíais conoceros un poco antes de plantear la idea de contraer matrimonio?

—No hay nada que plantearse. Hace tiempo que sé que Brianna ha de convertirse en mi esposa.

—¿Hace tiempo que lo «sabes»? —repitió Alex despacio. Miró a su hermano con más detenimiento—. ¿Cómo es posible que lo sepas?

Atreus dudó antes de contestar. Eran contadas las ocasiones en que hablaba del acontecimiento más importante de su vida, el que lo había llevado a alejarse de su vocación de artista para convertirlo en el gobernante de su pueblo. No obstante, no había nadie en la tierra más próximo a él que Alex y Royce. Les debía su sinceridad.

En la quietud que se respiraba en aquella elegante estancia londinense, Atreus reunió los recuerdos que tenía de un antiguo ritual que se desarrolló en una costa lejana.

—Cuando me sometí a la prueba de selección para

convertirme en vanax, fue mucho lo que me fue revelado. Entre otras cosas, vi a la mujer que ahora sé que es Brianna y comprendí que iba a convertirse en mi esposa.

Eran tan escasos los comentarios sobre la prueba que su sola mención dejó claramente sorprendidos a Royce y a Alex, que necesitaron un momento para digerir lo que acababan de escuchar.

—¿Y no tienes ninguna duda de lo que significa lo que viste? —preguntó Alex con gravedad.

—Ninguna en absoluto. Si no me caso con ella, estaré faltando a mi deber para con Ákora. Y, como es natural, no puedo permitir que ocurra algo así.

—Has dicho «la mujer que ahora sé que es Brianna» —comentó Royce—. ¿Es que acaso no sabías de quién se trataba?

—Vi su cara y su figura —no iba a contarles con qué precisión la había visto con la intimidad de un amante—, aunque no supe su nombre. No tenía ni idea de quién era hasta hace unos meses, cuando la encontré cuidando de mí al recobrar la consciencia tras el ataque.

Alex respiró profundamente, espiró despacio y dijo:

—Pues debió de ser una tremenda sorpresa.

—Eso como poco. Hubo momentos en que llegué a pensar que no la encontraría nunca.

Con la calidez de un hermano que era también un amigo, Alex advirtió:

—Debes darte cuenta de que tal vez Brianna no comparta esa convicción.

—He podido comprobar —añadió Royce con sequedad— que las mujeres prefieren que se las persiga por amor más que por cuestiones vinculadas al deber.

—Y ésa es sólo una parte del problema —continuó Alex—. Brianna no es akorana de nacimiento. Y aunque sus orígenes continúan siendo un misterio, tengo la sensación, bastante clara, de que ella quiere saber más al res-

pecto. Ese deseo es el que motivó su decisión de regresar a Inglaterra con Joanna y conmigo.

—Comprendo que corrí algún riesgo al permitir que viniera con vosotros esta vez —respondió Atreus—. Aun así, mientras me recuperaba del atentado no me encontraba en situación de resolver este asunto entre nosotros. —Luego esbozó una leve sonrisa y añadió—: Por suerte, ése ya no es el caso.

—Entonces, ¿pretendes... convencerla? —quiso saber Royce.

—Eso es lo que me gustaría hacer —confirmó el hombre que era gobernante absoluto de su pueblo—; sin embargo, ya he esperado mucho y hay asuntos en Ákora que requieren mi atención. De un modo u otro, Brianna volverá conmigo y nos casaremos. —Con elegancia, añadió—: Por supuesto, estáis todos invitados a la boda.

—¿Y si ella no accede? —preguntó Royce con tacto.

—Sería lamentable —contestó el vanax, quien con la voz como el acero, añadió—: Todos, en cualquier caso, debemos hacer lo que es nuestro deber.

Atreus aceptó el brandy que le ofrecía su hermano y se unió al brindis que propuso acto seguido. El viento del invierno penetró justo entonces a través de la chimenea y produjo algunas chispas. El vanax las miró entonces y notó que brillaban con verdadera delicadeza y que no se extinguían con facilidad. De hecho, cuanto más soplaba el viento, más se avivaban las chispas y con mayor intensidad ardía el fuego.